

Capítulo Uno

De Temerario y Rebelde a Discípulo

1916 a 1937

La gigantesca ola era más grande que ninguna otra cosa que él hubiera visto jamás. El adolescente fue catapultado sin defensa, como un muñeco de trapo, contra la pared de agua que lo golpeaba y lo enredaba en un remolino. Raspándose en la arena o lanzado hacia la superficie, sentía que sus pulmones iban a estallar. Juegos de luces destellaban detrás de sus ojos y parecía que iba a encontrar una muerte inmediata a tan sólo una distancia de un trago agonizante de agua salada.

Jack, de dieciséis años, y sus amigos habían ido en bicicleta como unos dieciséis kilómetros a una playa de California conocida por ser buena para surfear. Era el año 1932 y las tablas de surf se encontraban mayormente en Hawai. Jack y sus amigos surfeaban sólo con sus cuerpos, tomando el borde de la ola con el pecho, y sujetando un pie en alto a manera de timón. La teoría era que cada séptima ola era la más grande y mejor, así que la esperaban y cuando llegaba, nadaban furiosamente para poder alcanzarla antes de que se rompiera en su apogeo.

Esta vez, al llegar a la playa se pararon a la orilla del mar, admirando las olas gigantes que castigaban la playa, sin darse cuenta de que había habido una tormenta o quizás algún terremoto en alguna parte profunda del Pacífico. Siendo muchachos adolescentes, había un cierto grado de jactancia y orgullo en ellos. «¡No hay ninguna ola que me atemorice!», se decían a sí mismos. Jack, sin embargo, fue el único que se acercó al agua, mirando las ondulaciones crecientes de las olas. Tuvo una oleada de dudas, pero era demasiado tarde para echarse atrás y mucho menos cuando sus amigos estaban esperando ver qué hacía. Así que nadó mar adentro para encontrarse con la próxima ola monstruosa.

Ahora estaba siendo sacudido sin misericordia por las olas más poderosas que jamás había enfrentado. Justo cuando estaba a punto de perder el conocimiento, Jack comenzó a orar frenéticamente: «¡Dios!, ¡Si me sacas de ésta con vida, te serviré todos los días de mi vida!»

Jadeando por aire, mientras su cabeza finalmente rompía la superficie del agua, Jack vio horrorizado que estaba sobre la cresta de una enorme ola, mirando desde una altura de casi cinco metros a lo que parecía simplemente arena mojada. Afortunadamente, unos centímetros de agua aparecieron sobre la arena, al mismo tiempo que la ola lo aplastaba contra el piso del mar, pero él sabía que iba a ser arrastrado una vez más para enfrentar la misma prueba nuevamente. Clavó sus dedos en la arena, en un intento vano de evitar ser arrastrado otra vez hacia lo profundo del mar.

Sus aterrorizados amigos, mirando desde la playa, estaban seguros de que Jack estaba perdido. Fue arrastrado otra vez por la corriente, apenas teniendo el tiempo suficiente de aspirar profundamente, antes de ser golpeado otra vez. Sin embargo esta vez

la ola lo tiró aún más lejos en la arena, y pudo arrastrarse hasta un lugar seguro, para gran alivio de sus amigos y los espectadores que se habían juntado.

Probablemente, Jack olvidaría enseguida su oración desesperada hecha en el momento de su crisis acuática, pero Dios no se olvidaría. Ni Él tampoco olvidaría esas otras veces, cuando en situaciones similares de desesperación, Jack había levantado la misma súplica.

Jack Rutherford Schisler (su segundo nombre era el apellido de su madre, una descendiente de Samuel Rutherford, un reformador escocés) nacido en 1916, fue el cuarto hijo de James y Lillie. Los primeros hijos fueron mellizos, pero murieron al nacer. El padre de Jack era un descendiente de Nicholas Schuessler, apellido adaptado al inglés como Schisler, quien llegó a los Estados Unidos en 1837.

James y Lillie estaban tratando de empezar a cultivar un campo en el desierto, al noroeste de Los Ángeles. El escenario era el pequeño pueblo de Pear Blossom, cerca de Littlerock donde Jack había nacido. El gobierno les ofrecía unas doscientas hectáreas de tierra en el desierto, con la condición de que la trabajaran durante los cinco siguientes años. James había construido una pequeña casita, con un baño afuera, e intentó sembrar un campo de maní. Si James hubiera podido desarrollar ese terreno, podría haber ganado mucho dinero, siendo que esa área luego se transformaría como parte de la Base Aérea Edwards. Desafortunadamente, el emprendimiento no tuvo éxito, y pronto tuvieron que volver a la zona de Los Ángeles, donde vivieron en varios barrios diferentes, mientras James intentaba tener éxito en otras ocupaciones.

Desde muy pequeño, Jack parecía determinado a vivir al “filo de la navaja”. Este “Indiana Jones” prematuro estaba siempre dispuesto a la aventura, y cualquier cosa que fuera peligrosa y le alborotara la sangre, capturaba su imaginación. A veces se preguntaba si llegaría a vivir más de 25 años, aunque seguramente ésta era más bien la preocupación de su madre. Haciéndose el importante frente a sus amigos, aceptó un reto de saltar desde un puente alto de la compañía de ferrocarriles al río Los Ángeles. No podía resistir aceptar los retos que le hacían, y recuerda que una vez le apostaron cinco centavos a que no iba a poder comer un chile caliente, ¡uno de los más picantes que existiera! Por supuesto que lo comió. Con la boca, la garganta y el estomago hechos un fuego, Jack se lanzó debajo de una canilla, ¡esperando que el agua apagara el calor!

Un día, Jack y sus amigos colocaron petardos debajo de latas para ver cuán alto podían volarlas. El juego no era emocionante, así que Jack puso dos petardos en una lata y encendió la mecha. Cuando vio que no explotaba, Jack se agachó para investigar. La explosión de las partículas, la suciedad y el polvo caliente le golpearon en la cara y los ojos y se tambaleó hacia atrás, ciego y en estado de shock. Una vez más, Jack clamó a Dios: «¡Dios!, ¡si me permites volver a ver, te serviré el resto de mi vida!». Luego, se echó agua en los ojos y, huyendo de sus padres para no tener que explicar lo sucedido, tuvo que esperar hasta la noche, mientras recuperaba la vista lentamente.

Además de su sed innata por la aventura y su inclinación hacia la autodestrucción, la vida de Jack parecía pender de un hilo, aún desde su infancia. Cuando niño, aspiró un maní verde que se localizó en su tráquea. El médico rural no lo pudo ayudar, y el pequeño Jack desarrolló síntomas parecidos al asma. Lillie lo cuidó tiernamente, con vapor caliente, con el vapor de aceite de creosota. Hizo cualquier cosa para que sus vías respiratorias se abrieran. Después de toser por varios meses, finalmente se recuperó.

A los doce años de edad bebió agua contaminada durante una caminata por los alcantarillados del río de Los Ángeles y desarrolló neumonía. De nuevo bajó hasta la puerta de la muerte, pero no pasó de allí.

Jack tenía tres hermanas: Rosemary, la mayor de los hijos, y Helen y Betty que seguían después de él, a las cuales le encantaba hacerles bromas. Disfrutaba de hacer payasadas, como treparse al poste de la antena de radio de su papá, a doce metros de altura, y apoyarse sobre el estómago en los quince centímetros de diámetro del poste superior, para obtener la reacción que deseaba de ellas. Además de presumir, su objetivo era hacer que sus hermanas gritaran. Cuando su madre salió a investigar y vio lo que pasaba, hizo un gesto de resignación con sus manos y entró de vuelta a la casa, sacudiendo la cabeza.

El único hermano de Jack, Bob, era cuatro años menor que él. Bob adoraba a su hermano mayor como si fuera un héroe y Jack se aprovechaba de esto. Presumiendo con sus amigos de que Bob haría cualquier cosa que él le dijera, Jack hizo un sándwich de araña que Bob no dudó en comer bajo sus órdenes. Él usaba a Bob para probar sus experimentos descabellados, como el avión hecho con un cajón de madera, una tabla en lugar de alas y con una especie de hélice. Jack convenció a Bob de que se sentara en el cajón y se dejara deslizar sobre el techo galvanizado del garaje, mientras que él "miraba para decirle dónde aterrizar, por supuesto". Bob aterrizó, pero no suavemente. Luego tuvo que sobornar a su descontento y sollozante hermano menor para que no les contara nada a sus padres sobre este incidente. (A pesar de haber chocado el "avión", Bob llegó a ser piloto durante la Segunda Guerra Mundial, estando en servicio activo en el teatro de guerra europeo. Un buen cristiano, después de la guerra Bob trabajó como ingeniero de vuelo con la aerolínea United Airlines durante cuarenta años en la ruta de San Francisco a Japón).

Jack recuerda a un amigo, tanto jocosamente como con un cierto remordimiento, a quien se las ingenió para engañar metiéndole una serie de petardos pequeños en el bolsillo trasero de su pantalón. Después de encender la mecha, Jack y su banda rodaron por el suelo riéndose a carcajadas, mientras que el desdichado joven corría en círculos, tratando de deshacerse de los fuegos artificiales. Cada vez que se ponía la mano en el bolsillo, otro petardo explotaba y le quemaba los dedos. Finalmente y para gran deleite de los espectadores, todo el bolsillo de atrás voló. Muchos años más tarde, cuando criaba a sus propios tres hijos traviosos, Jack descubrió que la vida había dado un círculo completo. Él estaba sufriendo algo de lo que hizo sufrir a sus padres.

A pesar de su valiente y temeraria disposición, Jack desarrolló una claustrofobia profundamente arraigada a causa de un incidente en su infancia. Alardeando con sus compañeros de que se podía escapar "como Houdini" si lo ataban con una soga, logró que lo ataran contra el poste del teléfono con la cuerda subiendo alrededor de su cuerpo más y

más alto. Al llegarle la soga al nivel del pecho, le sobrevino un pánico. A pesar de sus protestas, los jóvenes amigos de Jack continuaron, y así describe él lo que ocurrió, «Algo adentro mío se desató y un horrible e incontrolable pánico invadió mi ser». Sus gritos aterradores atrajeron a su madre al rescate y aunque fue desatado rápidamente, continuó teniendo un miedo muy real y profundamente oculto durante muchos años. Jack recuerda un acontecimiento muchos años después, cuando un episodio de claustrofobia similar lo atrapó. Tratando de arreglar la caldera de la primera iglesia que pastoreaba, Jack tuvo que arrastrarse para entrar en un espacio pequeño. La vieja sensación de pánico se apoderó de él, pero respiró hondo y citó con confianza 2ª Timoteo 1: 7: "Dios no nos ha dado un espíritu de cobardía, sino de poder, de amor y de dominio propio" (VRV 1960). Gracias a su incuestionable fe en Dios, conquistó esa fobia.

Para los Juegos Olímpicos de 1932 celebrados en Los Ángeles, Jack fue elegido junto con otros catorce jóvenes adolescentes para la inauguración del evento del equipo de natación americana. El líder del equipo nadó alrededor de la piscina olímpica con una bandera gigante de Los Estados Unidos sujeta a un cinturón. Vestidos con trajes de rana color verde, los jóvenes salieron uno por uno de una tubería debajo del agua hacia la superficie, nadando estilo pecho detrás del líder. Jack recuerda que un joven perdió una de sus ancas de rana, pero la presentación fue bien recibida por un público tremendamente entusiasta. A pesar de la impresionante presentación "rana" de los americanos, el equipo de natación japonés fue el que sacó la mayoría de las medallas de oro de ese año.

Lillie, la mamá de Jack, una mujer talentosa y capaz, fue criada en la iglesia metodista y era una mujer de fe y oración. James, el papá de Jack era un firme disciplinario, a tal punto que fue muy severo. Un hombre industrioso y trabajador, a quien el éxito muchas veces lo eludía, tenía un mal genio y sus hijos muchas veces vivieron sus consecuencias.

Cuando Jack era adolescente, un día estaba caminando con su padre por una calle de Los Ángeles, cuando se encontraron pasando por una reunión que una iglesia había organizado al aire libre. Al acercarse, escucharon a una joven predicando un mensaje poderoso. El padre de la joven, el hermano Clarkson, había comenzado una misión cerca de la esquina de las calles Quinta y Main, alcanzando a los borrachos, a los comunistas y a otros marginados por la sociedad. James, quien había hecho una profesión de fe cuando era niño en una reunión metodista al aire libre en Arkansas, sintió una fuerte convicción porque sabía que se había apartado del Señor. Cayó de rodillas allí en la calle, entregando su vida al Señor. Totalmente transformado, se convirtió en un humilde y compasivo ministro laico, alcanzando especialmente a los predicadores desanimados. Más tarde, en un servicio en el sótano de la misión, el Hermano Clarkson oró por Jack, que era más bien pequeño para su edad, para que Dios "sanara su cuerpo y lo hiciera un predicador". (Jack, sin embargo, ¡no quería escuchar la parte que hablaba de ser un predicador!)

James, angustiado y condenado por la forma de vida que había estado viviendo, estaba muy preocupado por Jack, por su rebelión adolescente. James, como padre, se sentía responsable y tomó el modelo bíblico muy en serio. Pasó tres días debajo de un puente en el lecho seco del río Los Ángeles, ayunando, y literalmente sentado en cilicio y ceniza, mientras intercedía por su familia, especialmente por Jack. Fue poco después de esto que en

la pequeña iglesia cuáquera donde asistían, el pastor decidió dejar de lado su práctica habitual de leer su sermón e hizo su único llamado al altar para recibir la salvación. Jack, sentado en la hilera de atrás con otros jóvenes revoltosos, entre ellos el hijo del pastor, respondió y fue adelante con otros tres jóvenes.

En los días y semanas después de este primer encuentro personal con el Señor, Jack se sintió impulsado a orar. «Me metí en el único lugar que sabía que nadie me iba a encontrar: un pequeño armario para el calentador de agua caliente», recuerda Jack. «El viejo calentador tenía unas bobinas que se ponían al rojo vivo. El espacio era apenas lo suficientemente grande como para mí, un enjuto y delgado joven de trece años de edad. Cerrando la pequeña puerta cuidadosamente, tenía que tener cuidado de que mi cuerpo no tocara el calentador. Yo estaba consciente de la Presencia del Señor. No recuerdo una oración específica, pero fue un momento intenso, real y corto. Un mundo nuevo comenzó a abrirse delante de mí. Recuerdo pensar: “¿Cómo puede alguien orar por una hora?” Luego, en uno de mis tiempos en el escondite, llevé un pequeño reloj conmigo. Oré por todo lo que podía pensar - por un total de seis minutos. Sin embargo, era real».

Sin embargo, la vida de Jack no dio un giro inmediato en ese tiempo. Al poco tiempo comenzó a asociarse con algunas malas influencias y, siendo un líder nato, a menudo metió a sus amigos y a él mismo en problemas. Aún así, Dios tomó su respuesta seriamente, y fue eternamente marcado para los propósitos divinos. Muchos años más tarde Jack, ya con esposa e hijos, tuvo la ocasión de visitar aquella iglesia cuáquera con sólo un puñado de miembros y le relató al nuevo pastor acerca de cómo Dios lo había llevado a muchos países, ministrando a miles de personas. Fue de mucho ánimo para el pastor saber que este tipo de fruto había salido de su pequeña congregación. Uno de los miembros originales todavía estaba allí, un hombre anciano, que lloró al escuchar el testimonio de Jack.

La pasión de Jack en sus años de adolescencia era el fútbol americano. Jugó en la ofensiva de un equipo juvenil de barrio; era muy ágil y rápido, bueno para atajar los pases y un corredor excelente. Dos estudiantes de la Universidad de Stanford y UCLA (Universidad de California Los Ángeles) vieron a los muchachos jugando su fútbol improvisado y los tomaron bajo sus alas, para mejorar su destreza. Los entrenadores también les inculcaron una disciplina rigurosa y precisión de equipo, dando como resultado un equipo capaz de ganarles a equipos hasta de la escuela secundaria. «Nuestros entrenadores nos enseñaron un montón de combinaciones de juegos y el arte sutil del fútbol», dice Jack. «Fueron buenos disciplinadores. Me eligieron capitán del equipo, y también de “quarterback” (jugador principal). Llegó el día de un enfrentamiento con otro equipo. ¡Todos se veían en muy buen estado y eran más grandes que nosotros! Al verlos nos dio dolor de estómago y se nos secó la boca. Cuando vimos cómo su goleador practicaba patear goles durante el precalentamiento, no nos quedó duda de que no teníamos ninguna esperanza. Después de que rápidamente hicieron un gol y convirtieron un punto extra, nuestro entrenador nos dijo: ‘Miren, ¡Uds. son mejores que ellos! ¡Pueden ganarles’. Ese día ganamos 26 a 7. Jugamos contra jóvenes mayores y con más experiencia, pero siempre ganamos con una gran ventaja, incluso una vez ganamos por 56 a 0».

Debido a la Gran Depresión, Jack tuvo que conseguir un trabajo antes y después de la escuela para ayudar a la familia. Repartiendo el periódico Noticias de Glendale, a veces hacía su ruta de 24 Km. en bicicleta. Por consecuencia, no pudo proseguir con su amor por el fútbol americano.

Con las finanzas siempre apretadas, Jack tenía grandes planes de hacer mucho dinero, ya sea como futbolista o quizá como ingeniero. No tomaba en cuenta la voluntad de Dios en estas decisiones, ni tampoco en sus metas para el futuro.

Además de las dificultades económicas muy comunes de los años '30, una sombra de tristeza los cubrió como familia a causa de la hija mayor, Rosemary. Una muchacha atractiva y popular en la escuela secundaria, tenía muchos amigos y admiradores masculinos. Debido a sus decisiones y continua insubordinación, la tensión creció con sus padres. Después de su graduación de la secundaria, Rosemary desarrolló una relación romántica con un hombre divorciado y se fugó con él. La familia no tuvo ningún otro contacto con ella por diecinueve largos años, aunque James había contratado a un detective para intentar encontrarla.

Rosemary, ya sea por miedo o vergüenza, nunca intentó contactarse con su familia, ni siquiera por carta. Años más tarde sus hermanas, Betty y Helen, le pidieron a un amigo que trabajaba en una oficina gubernamental de estadísticas vitales que las ayudara a localizar a su hermana. Para su gran asombro, descubrieron que ella vivía en el área de San Francisco, muy cerca de ellos, y fueron a verla. Aun más sorprendente fue descubrir que ¡las tres habían compartido un mismo dentista durante muchos años, sin saberlo!

Cuando se hicieron arreglos para que los Schisler se reunieran esa Navidad, se les informó a James y a Lillie suavemente que su hija que había estado perdida por muchos años, había sido encontrada. En medio de su alegría había dolor, herida y conmoción. Un miembro de familia recuerda la reacción de Lillie cuando vio a Rosemary por primera vez: «Un sonido como un quejido o un sollozo sofocado se le escapó de los labios, aunque Lillie mantuvo su compostura». Fue difícil comprimir diecinueve dolorosos años en un abrazo sollozante e incómodo a la vez.

Después de su graduación de la escuela secundaria Jack, con la ayuda de su maestro de escuela dominical que tenía una posición en la Oficina de la Ciudad de Glendale, pudo conseguirle un trabajo en el Distrito de Agua Metropolitano en la construcción de un acueducto. Un proyecto enorme que involucró a miles de hombres, la empresa construyó un acueducto que llevaba agua desde el río Colorado, por más de 350 kilómetros a través del desierto y las montañas, a la floreciente metrópolis de Los Ángeles. Una hazaña enorme de ingeniería y el poder del hombre fue la construcción de un túnel de hormigón de casi 5 metros de diámetro y 29 Km. de largo a través de la montaña de San Jacinto desde el lado de Palm Springs.

Con su contextura delgada y musculosa, Jack gozaba del trabajo físico peligroso. A veces trabajaba los tres turnos de ocho horas, comenzando en la posición más baja de excavar tierra y llenar los vagones del tren. Más tarde se convirtió en guardafrenos y en operador de los motores de batería de cinco toneladas para los trenes. Como ayudante de

electricista y luego como electricista él mismo, trabajaba con 220, 440 y 1.200 voltios bajo condiciones de humedad. En una de muchas situaciones peligrosas, sobrevivió al ser casi electrocutado.

Jack escribió en su diario: “11 de julio de 1936 - Algunos podrían llamarlo suerte, otros casualidad, pero Jack sabe que Dios cuida de Sus hijos! Hablando de un incidente ocurrido hoy: estábamos moviendo equipos pesados en el camión, deslizándolos sobre dos carriles para colocarlos contra la pared rocosa del túnel. Sólo tres personas de nuestro grupo de más de quince estábamos empujando en ese momento. Al empujar la maquinaria, un cable en el extremo del transformador se soltó y tocó la cobertura de acero, e inmediatamente la corriente eléctrica nos golpeó. Todos estábamos sujetos en un carril de la vía que no tocó tierra, apoyados sobre durmientes de madera. Me tiró como un tronco, y reaccioné también como un tronco. Aturdido, no pude describir la sacudida que recibí. ¡Me dolió! Mis compañeros dijeron que estaba caminando en círculos durante varios minutos después de que logré pararme. Uno de los hombres tenía guantes y no le dolió mucho. Pero Red Parrish recibió un impacto tremendo también. Saltaban chispas de sus zapatos y le quedaron las marcas de los clavos de sus zapatos en los pies, y hasta le coloreó las uñas. Si hubiéramos estado de pie en el piso... Bueno, electrocutan a hombres en la cárcel de Sing Sing con 2.300 voltios. Una vez más, doy gracias al Señor, no sólo por mí, sino también por el resto de mis compañeros que no conocen el poder del Cristo resucitado.”

Siempre muy austero, ahorró dinero compartiendo su vivienda con otros tres hombres en una cabaña rústica en el cañón Whitewater. Luego se trasladó a una pequeña tienda, solo, cerca de una de las entradas al túnel del acueducto. "Me gustó la soledad", dice Jack, y aunque su principal razón fue ahorrar, para él era preferible a vivir en las casas proporcionadas por la compañía con un calor sofocante y compartiendo con miles de hombres. Una fotografía de la época muestra un joven de aspecto apuesto y atlético (¡con una gran cabellera!) y una sonrisa que hubiera captado el interés de más de una joven. Un inventario de las posibles candidatas aparece en su diario, pero él señala los detalles por los que el considera que "no llegan a la marca" de sus gustos y preferencias.

«¡Mujeres!, señaló, no he tenido mucho que ver con las mujeres y, en consecuencia, he recibido pocas cartas de ellas. Sin embargo, las tonterías de que son capaces de hablar, y cómo se pueden comportar como necias, hacen que un hombre rechace cualquier relación con ellas. Aún así, estuve confundido un par de veces antes de volver a mis sentidos. Estaban Louise, Myrtle, Jeanne, y Evelyn, quienes en aquel entonces supuestamente tenían influencia en mi vida. Me da risa ahora, pero en ese momento, no era broma para mí. Rachel no es que lo que uno llamaría una gran belleza, ni tampoco podríamos decir que es hermosa. Sin embargo, tiene una nobleza, un modo de presentarse y una sonrisa encantadora que la hacen bonita. Es una joven cristiana de quien cualquiera se sentiría orgulloso de recibir una carta de ella y contarla entre sus amigos». Unos setenta años después, al recordarle estos comentarios, con sorprendente detalle Jack dijo que no siguió una amistad con esta joven tampoco, mencionando algo acerca de que tenía una “madre autoritaria y controladora”.

Jack, por su amor a la naturaleza, disfrutaba del desierto, y en su diario describía la mezcla de miles de colores y las formaciones rocosas en términos poéticos. Apodado por

sus compañeros, "la rata del desierto", pasaba su tiempo libre explorando el desierto con su rifle veintidós colgado en la espalda. Además de las prácticas de tiro, el rifle era útil para cazar algunos de los animales salvajes que aparecían en ocasiones: coyotes, conejos y una vez un tiro errado a una cabra montes. Ilesa, la pobre cabra, miró a Jack por un instante y desapareció increíblemente, trepando una pared de roca.

Escribió: "Un amigo me relató muchas veces de las regiones superiores del Cañón Long sin explorar, así que Pablo y yo salimos temprano una mañana libre, por el atractivo misterio de lo desconocido. Se puede manejar casi diez Km. por el cañón desde el puente largo. Desde ese punto, caminamos unos tres kilómetros hasta llegar a la vieja cabaña de Chucka Walla Slim, escondida en los recovecos rocosos de un angosto cañón. La fecha en el hogar era de 1933, pero la cabaña en sí podría haber sido construida en 1903. Violentas tormentas y fuertes vientos habrían contribuido a su deterioro. Había cientos de libros antiguos y documentos esparcidos aquí y allá, esperando un aficionado de los libros viejos como yo. Me prometí que iba a volver para inspeccionarlos mejor.

Después de una hora de explorar los alrededores, me encontré con un viejo sendero que conducía a una pequeña mina. La parte principal parecía ser de cuarzo y piedra caliza. Pero lo que más me llamó la atención fue una caja de dinamita, así como unos cartuchos calibre 22. Pensé que sería mejor pegarle a los extremos, así que le disparé a un cartucho de dinamita colocado en el nicho de una roca gigantesca. La explosión que siguió, casi aflojándome los dientes por el sacudimiento y la reverberación de un largo minuto, debe haber trabajado en la misma manera en una de las numerosas cabras montes. Pablo vio una escapándose en una cumbre como a un kilómetro de distancia. Después de pasar unas dos horas, subiendo por un sendero de montaña, no vimos ninguna más. Encontramos muchas de sus huellas y excremento, e incluso vimos algunas pisadas de león.

El valle debajo de nosotros tenía hermosos colores que estaban desparramados en parches de oro, lavanda y verde. Todos los pigmentos de la naturaleza estaban allí. Pequeños cañones salían del valle principal, como el interior del interruptor de Chicago. Hay cientos de regiones llenas de animales salvajes, inexploradas, para disfrutar si uno sólo tomara el tiempo para encontrarlas".

Escalando un acantilado rocoso en el desierto de California, Jack tenía la vista puesta en alcanzar la cima y desprender una roca gigantesca. Quería desalojarla y ver su trayectoria de cientos de metros hasta golpear las escarpadas rocas abajo. Sin embargo, en un momento de la ascensión, había trasladado su peso a una roca sobresaliente y estaba asiéndose con la mano izquierda a un pequeño promontorio y el rifle en su espalda dificultándole su avance grandemente. De pronto se dio cuenta de que no había manera de ir hacia adelante o hacia arriba y ni siquiera podía volver atrás. Consciente de que su mano se estaba entumeciendo, la miró y tuvo que ordenarle que siguiera aferrándose a la piedra. Una roca se desprendió de algún lugar cercano, y parecía que tomaba una eternidad para llegar al fondo del cañón mucho más abajo. La pregunta cruzó por su mente, "¿Cuánto tiempo pasará antes de que alguien encuentre mi esqueleto?" Una vez más, Jack oró su oración desesperada, «¡Dios, si me sacas de esta con vida, te serviré el resto de mis días!». Tratando de no mirar hacia abajo, a las afiladas rocas en el fondo, finalmente pudo transferir su mano derecha donde la mano izquierda estaba aferrada a la roca, y de esa

manera, lograr volver a la roca previa. Sin embargo, siendo muy terco, encontró otra manera de continuar su ascenso a la cima y desalojar a la roca.

Otra vez Dios tenía a Jack en una situación difícil. Otro punto de crisis que tenía como intención presionarlo a un lugar de entrega, a que rindiera su vida, planes y futuro totalmente al Señor.

Las entradas en su diario privado de esos días, revelan la angustia y las ambigüedades de un joven de veinte años. Refiriéndose a menudo a anhelos espirituales profundos, reflexionando en la depravación de los hombres con quienes trabajaba, un amor por el ambiente pintoresco del desierto, y su sueño truncado de jugar al fútbol americano, Jack luchó con todas estas facciones que ocasionalmente estaban en guerra. ¿Quería seguir sus propias ideas, o en verdad quería seguir a Dios?

Cada dos semanas, Jack viajaba desde el desierto a la casa de sus padres en Glendale y asistía a la iglesia con ellos. El 31 de enero de 1937, cuando tenía veintiún años, fue al culto de la tarde con su familia. Era una buena iglesia, activa en la proyección misionera, como parte de la denominación Alianza Cristiana y Misionera, pero sin ninguna evidencia de un fervor espiritual fuerte. Esa noche Harold, el hijo del pastor, de veinticuatro años que era muy rebelde, caminó por el pasillo hasta la plataforma y hacia su padre y se paró junto a él. «Tengo una palabra de Dios», dijo el joven. El pastor le dio una mirada inquisitiva, pero se hizo a un lado. «Dios ha entrado en mi vida. Jesús es ahora mi Dueño, Salvador y Señor. Si quiere lo que yo tengo, venga aquí». Cuarenta jóvenes pasaron al frente, la mayor parte de la fila del fondo, incluyendo a Jack, su hermana y su novio. Tirado en el piso, bajo un torrente de lágrimas de arrepentimiento, Jack entregó su vida, ambiciones, metas y sueños al Señor.

Un verdadero avivamiento comenzó esa noche. El miércoles siguiente a la noche, la reunión de oración estaba repleta, con gente que tenía hambre de encontrarse con Dios. Durante una de estas reuniones alguien dio un mensaje en lenguas, la primera vez que Jack o cualquiera de los presentes habían oído este lenguaje de oración espiritual.

Harold, el joven que Dios había usado, animó a Jack a ir a una Escuela Bíblica. «Debes anotarte en BIOLA» (una universidad cristiana cerca de Los Ángeles), sugirió. Jack envió su solicitud a la conocida escuela, el Instituto Bíblico de Los Ángeles, pero para su gran alivio, le respondieron que el cupo de estudiantes estaba lleno para ese año. Un misionero visitante sugirió que se anotara en el Instituto Bíblico Simpson en Seattle, Washington. Con la esperanza secreta de que ellos también estuvieran llenos, Jack llenó una solicitud. Le informaron que había un espacio para el semestre de otoño. Dios tenía un plan fijo para este joven serio y así las cosas empezaron a suceder.

Con el proyecto del acueducto terminado, el trabajo de Jack también concluyó. El había ahorrado algo de dinero, así que con otros tres compañeros viajó a Detroit, Michigan, donde compró un Ford 1934 usado, con un motor V-8 por USD 200.-. En el camino de regreso, Jack levantó un joven que le pagó USD 10.- por “dejarlo en San Francisco”, de camino a Glendale.

Al final del verano, Jack cargó todas sus pertenencias terrenales en el Ford y se dirigió hacia el norte por la antigua carretera 99 a Seattle. El futuro por delante se presentaba desconocido e inesperado, como las curvas ocultas, las colinas y montañas a través de las cuales conducía, sin embargo iba envuelto en la voluntad soberana de Dios. Detrás de él quedaban los sueños de fútbol americano y las ambiciones de riqueza y fama.

Jack escribió en su diario: “Oír la multitud gritar cuando el atacante escapa de los defensores; acercarse hasta una línea sólida de rostros amenazantes y encontrar un espacio abierto, amagando hacia un lado, virando hacia otro, ¡esto sí es vivir!” Jack recordó y sonrió con ironía a medida que los kilómetros seguían rodando. Ya no iba a vivir de acuerdo a sus propias metas y planes. Había decidido seguir el modelo de Dios para su vida. Una nueva aventura había comenzado con más emoción, peligro, estímulo y desafíos que lo que sus sueños de jugar al fútbol jamás podrían haberle proporcionado.